

GATOPARDO

abril 2014

EL RIESGO SE LLAMA CÉSAR CHÁVEZ

La película menos "sexy" —según algunos secos productores de hollywood— del director y de Canana, su casa productora, podría dejar una huella profunda en la historia del movimiento social mexicoamericano en Estados Unidos. Se trata de la historia de César Chávez, uno de los líderes más importantes de este movimiento que, hasta ahora, parecía haber pasado desapercibido para una gran franja de la población de aquel país, y no se diga en éste.

POR EILEEN TRUAX

Diego Luna está contento. Los ojos brillantes y la sonrisa de niño, que lo siguen acompañando a sus treinta y cuatro años de edad, son el centro de atención a pesar de sus esfuerzos por pasar inadvertido. Semihundido en una butaca de la última fila en el teatro James Bridges, conversa con Pablo Cruz, su socio en la productora Canana, fingiendo que es un espectador más. Pero claro, alguien voltea, lo reconoce, le pide la foto, le planta un beso y en dos minutos ya está compartiendo la sonrisa con todo el mundo.

Las cerca de trescientas personas que están hoy en este teatro ubicado en el campus de la Universidad de California Los Angeles (UCLA), saben que no van a ver una película promedio; de hecho, ellos mismos no son la audiencia promedio. Quienes están aquí tienen como punto común al líder campesino mexicoamericano César Chávez: fueron sus amigos o compañeros de sindicato, son estudiosos de su vida, o intentan dar continuidad a su proyecto. Durante cuarenta años se preguntaron qué pasaría cuando alguien se atreviera a hacer una película sobre él. Diego Luna está a



"Debemos contarnos nuestras historias de un lado y del otro".

punto de darles la respuesta.

César Chávez es uno de los viajes más arriesgados en los que se ha embarcado Canana, la productora que Luna, Cruz y el actor Gael García Bernal montaron en 2005. El objetivo de la empresa ha sido desarrollar proyectos que cuenten historias relevantes para el momento que atraviesan México y América Latina, al tiempo que abren puertas para directores y gente de cine de esta región que de otra manera difícilmente se acercaría a las grandes ligas; hasta el momento han producido una veintena de filmes y distribuido casi cuarenta. Sin embargo, con César Chávez el reto es mayor: la figura del dirigente es prácticamente desconocida en México, y dentro de Estados Unidos resulta inusual que sea un joven chilango el que venga a contar la historia de un ícono del *chicanismo* nacional. El riesgo es no quedar bien ni con Dios ni con el diablo.

—Yo creo que nuestra audiencia está de los dos lados de la frontera, y que todo aquel que tiene una conexión de este lado, Estados Unidos, con Latinoamérica, entiende de alguna forma la experiencia del mexicoamericano —dice Diego tratando de ser optimista. Su gran apuesta, asegura, es mostrar un retrato de la comunidad latina en Estados Unidos, la que pocas veces está representada en el cine fuera de los estereotipos—. Obviamente, esperamos que haya una gran reacción en este país para celebrar una película sobre la historia de esta comunidad, pero también espero que en México encontremos una audiencia que empiece a acercarse a la comunidad mexicoamericana. Hay muchos prejuicios alrededor de ella. Ojalá la película ayude a acercarnos un poco.

Momentos antes de entrar al Bridges, Diego —*jeans*, camiseta anaranjada; el pelo suelto, largo, un poco desaliñado; la barba que lo acompaña desde hace algunos años— se encontraba en un salón del mismo edificio conversando con la crema y nata del Departamento de Estudios Chicanos de UCLA —que se llama, desde luego, César Chávez. Ahí estaban el profesor chicano Abel Valenzuela, experto en migración y derechos laborales; Gaspar Rivera-Salgado, la autoridad académica en el tema de indígenas campesinos migrantes en Estados Unidos, y el mismísimo Arturo Rodríguez, presidente del Sindicato de Trabajadores Campesinos (UFW) fundado por Chávez. En un salón de viejos conocidos, todos miraban a Diego con una mezcla de escepticismo y fascinación.

Para quienes no han vivido en Estados Unidos, y en ocasiones incluso para quienes se encuentran dentro de este país, la referencia de Chávez puede ser distante, e incluso inexistente. Se le confunde con su homónimo mexicano, el boxeador Julio César Chávez, o con el ex presidente venezolano Hugo Chávez. Poco se sabe de este Chávez: un hijo de inmigrantes mexicanos que trabajó de niño en los cultivos y que años después puso en jaque a las empresas explotadoras de mano de obra campesina. Por la vida y obra de Chávez cruzan lo mismo el movimiento de derechos civiles de los años sesenta, que la campaña presidencial de Robert Kennedy, la lucha por el bilingüismo, la pugna entre chicanos y mexicanos, y hasta la llegada a la presidencia de Barack Obama más de treinta años después: las estrategias construidas por el sindicato de Chávez dieron lugar a los ejércitos de

campaña de Obama que a ras de suelo, como ocurrió con el movimiento campesino, lograron que la sociedad escuchara para lograr un cambio en el país desde su base.

Diego sabe que muchas de estas cosas confluyen en su película: la proyección de esta noche de marzo es como una caja de regalo cuyo contenido todos conocen y aún así están impacientes por abrir. Desde su asiento de última fila se finge un poco sorprendido cuando lo invitan al frente para decir unas palabras antes de que empiece la película. Diego —quien cambió el atuendo informal por la camisa y el saco de rigor, aunque el peinado, acomodado con las manos, es el mismo— camina por el corredor hacia el frente con una sonrisita apretada; alto y esbelto, con el lenguaje corporal del desenfadado, parece un Beatle. Tras hablar sobre el profundo respeto con el que se hizo esta película, las luces se apagan y el regalo se enciende.

MEXICOAMERICANOS

—Nací en Yuma, Arizona, en un rancho que era propiedad de mi familia. Lo perdimos en la Depresión. Y como mucha gente, nos fuimos a California a trabajar en los campos. Cuando llegamos nos dimos cuenta de que había más gente que empleos; pasamos de ser dueños a empleados. Un día, cuando tenía once años, empecé a trabajar en los cultivos. Ahí presencié por primera vez la injusticia y la indignidad padecida por los trabajadores del campo.

César Chávez habla desde la pantalla a través de Michael Peña, el actor de treinta y ocho años que consiguió en la producción de *Canana* el papel que cambiará su vida. Peña ha participado en varias series televisivas y su rol fílmico más reciente fue el del falso *sheik* Abdullah en la película *American Hustle*. Pero Chávez es una de esas oportunidades que marcan, que hacen que te recuerde una generación; sobre todo, si tú también eres mexicanoamericano.